

EN LA COLINA DE FUEGO

VEINTE AÑOS ANTES DE LA LLEGADA DE ZAID, un reducido grupo de rapaces huía maltrecho por el bosque de Tirania, hacia las montañas cercanas...

—Esa herida tiene mal aspecto. ¿Se encuentra bien, señor?

—Podría estar mejor, pero no te preocupes, mi fiel Adriel. Más me duelen las heridas abiertas en el alma —respondió dolorido el joven Mabtub.

—No se preocupe. Algún día volveremos al bosque. ¡Cobardes palomas! Las tropas del general Yael eran demasiado numerosas y nos cogieron por sorpresa. ¡Pero, le juro que algún día vengaremos esta traición y Mitra pagará caro lo que ha hecho, mi rey!

—Quizás algún día, Adriel. Pero, hasta entonces, usa tu rabia para sobrevivir y renacer a mi lado, aquí, en las montañas.

—Lo conseguiremos, señor.

BIENVENIDOS AL MUNDO DE LA ILUSIÓN Y LA FÁBULA. Un lugar donde tiene cabida cualquier pensamiento. Un reino no tan lejano, donde, como casi siempre, la ficción supera a la realidad y las aves son como seres humanos. Intenten hacer volar su ima-

ginación junto a la mía e imaginen que el tumulto de la gran ciudad se trasforma en un inmenso bosque curtido por la más variada vegetación surgida con el paso de los siglos, un bosque que es como un santuario perdido en el tiempo. Un bosque, donde hace muchos, muchos años que se venía librando una silenciosa batalla entre dos poderosas fuerzas: la eterna lucha entre el bien y el mal, eternamente presente en cualquier lugar donde se manifieste la vida.

Los habitantes de este misterioso bosque no son distintos a los de cualquier otro lugar. Artesanos, bufones y usureros, guerreros y soñadores, ricos y pobres, ángeles y diablos, todos habitan en el suntuoso bosque de Tirania, bajo la sutil dictadura de Mitra, la gran águila arpía. Todos los habitantes del reino de Tirania saben que su poder sobrenatural llega hasta donde alcanzan los sentidos y que nada escapa a su voluntad.

Sus plumas son oscuras como el color de su corazón, y de su encrespada cabeza sobresale una gran cresta de color blanco en recuerdo del ave que un día fue. Sus enormes ojos rojos de hipnótica mirada recuerdan a los habitantes del bosque quién es el que manda. Mitra es más temida que respetada, y somete a casi todos con la ley del terror.

Tan sólo los habitantes de la marisma, ubicados en lo más elevado del bosque, donde abunda la roca, resisten a duras penas la tiranía de los negros alados. Y es precisamente hasta allí, hasta la Colina del Fuego, a donde viaja nuestra mente para recordar esta historia.

Hasta una madre y un hijo.

—Madre, ¿qué hay allí abajo? —preguntó Zaid, señalando el bosque.

—Siempre estás con la misma canción, hijo. ¡Te he dicho mil veces que ese lugar es peligroso!

—Ya se, ya se, madre, ¿pero quien vive allí? ¿Hay más águilas y halcones como nosotros? —insistió el jovenzuelo

—No hijo, los que viven allí no son como nosotros, pertenecen a otras especies.

—¿Pero hay más águilas y halcones? Dime, madre, ¿hay más?

—Sí, Zaid, hay más, pero créeme cuando te digo que sólo se parecen a nosotros por fuera.

Un estallido de satisfacción embriagó a Zaid al ver que su madre respondía por fin a sus preguntas.

—¿Y por qué no nos juntamos con ellos? Desde aquí arriba todo parece tan bonito. ¿Cómo es posible que un lugar tan bello sea peligroso? No creo que el bosque sea tan terrible como dices, madre.

—Cállate. ¡Es peligroso, y no hay más que hablar, señorito! Ya te lo explicaran bien tus maestros cuando seas mayor. Allí no hay nada que tenga que ver con nosotros. ¡Nada! ¡Lo entiendes!

—Pero, madre...

—¡Basta! Termina el desayuno y a la escuela de vuelo que vuelves a llegar tarde.

Yhoalibeth dio la conversación por terminada, más inquieta por el amor que profesaba a su hijo que enojada con él.

Esa vez, como tantas otras, Zaid calló por respeto a su madre. Pero el alma de nuestro joven amigo siempre ha sido curiosa, rebelde, desafiante, y se oponía a tanta limitación.

Los años pasaron con rapidez, y Zaid cambió su plumaje convirtiéndose en un apuesto y joven halcón. Recuerdo ese momento como si lo estuviera viendo. Su mágica inocencia, sus recias alas y aquel extraño plumaje color canela salpicado de manchas negras, impropio en un ave de su especie. ¡Y qué decir de sus garras, firmes como el acero y anaranjadas como su poderoso pico! Pero si algo vivirá eternamente en mi memoria serán sus preciosos ojos azules. Azul índigo, el color de los guerreros. Zaid siempre ha sido uno de esos maravillosos mutantes de la naturaleza que aparecen muy de vez en cuando para poner el bosque patas arriba y cambiar la vida de todos.

Como es tradición, cuando una cría de halcón alcanza cierta madurez pasa a ser adiestrada por sus mayores, rapaces

veteranas curtidas en mil batallas. Así, a los tres años de edad, Zaid fue entregado por sus padres a los llamados Hijos del Viento, halcones y águilas, encargadas de formar a los futuros guerreros protectores de la Colina de Fuego, aves poseedoras de unos conocimientos y una fuerza tales que cualquier otra rapaz del bosque huía en su presencia. Ni siquiera la pérfida Mitra y su séquito de mercenarios eran tan osados como para desafiar sin más a tan poderosos alados. Zaid sería severamente adiestrado, tal y como dictaba la norma. Sometido a extremas condiciones físicas y mentales durante un periodo de cinco años, hasta que, finalmente, fuera merecedor de ser considerado adulto, convirtiéndose así en otro Hijo del Viento. Ese parecía ser el lugar que le reservaba el destino a Zaid.

Aunque fueron muchos los maestros que forjaron su carácter, él nunca podría olvidar las enseñanzas de la gran maestra espiritual Aura, encargada de enseñarle todo lo referente al código de honor de las águilas imperiales. Con ella, Zaid conocería el camino de la rectitud y sabría ver el valor del acto y la palabra. Pero fue el maestro Celso quien le enseñaría a controlar sus miedos y a combatir los fantasmas más oscuros que anidaban en su mente, aprendiendo valores tan elevados como el coraje o la determinación. Y, por supuesto, Zaid nunca olvidaría todo lo que le enseñó su gran amigo y maestro Adriel, único en su estirpe, guerrero de guerreros, ¡capaz de vencer en solitario a un ejército de negros alados! De él aprendería el noble arte de la lucha, a usar con destreza garras y pico en defensa de los más bellos y nobles ideales. Además de un gran guerrero, Adriel era mano derecha y portavoz del rey Mabtub.

Mabtub, la gran águila imperial blanca, que hacía muchos años que vivía en soledad en su hogar de la Roca de Fuego. La llamaban así porque, al estar ubicada en la parte más alta de la colina, cada mañana la luz del sol se reflejaba en el cuarzo de la superficie de la roca y la gruta brillaba de tal forma que parecía estar iluminada por una de las alas del mismísimo señor Arnak. Muchos eran los que pensaban que el viejo Mabtub po-

seía poderes sobrenaturales y que hasta podía hablar con el señor de la creación. Sí, Mabtub era el rey de la Colina de Fuego, por linaje, por determinación, por sabiduría y, sobre todo, por su gran corazón. Según las sagradas escrituras, el viejo rey era descendiente directo de Arnak y, muy a su pesar, también estaba emparentado con la tenebrosa Mitra, hermana y también descendiente de Arnak.

Aunque parezca mentira, hubo un tiempo, muchos años antes, en que no había divisiones en el bosque, y todas las especies de aves eran como hermanas, miembros de una misma familia. Golondrinas, palomas, halcones y águilas coexistían emparentadas por la sangre, ¡como debe ser! El bosque era un lugar maravilloso donde todo fluía en armonía. Pero entonces, apareció Mitra y lo estropeó todo con sus ansias de poder y sus decadentes ideas de satisfacción, que por desgracia contaminaron el alma de muchos de los nuestros. Primero envenenó la mente de unos pocos, que fueron seguidos a su vez por muchos más y, para cuando Mabtub, quiso darse cuenta de lo que ocurría, ya eran muchas las águilas blancas que habían cambiado el color de su plumaje para transformarse en buitres. Demasiadas las palomas que se habían transformado en cuervos y aún más las golondrinas que ya eran urracas. Muchas aves antes nobles se habían convertido en un tenebroso reflejo de sí mismas, y lo mismo había pasado con el bosque, que pasó a ser «la tierra prometida donde todos disfrutaremos sin tener que cumplir ninguna norma moral», como decía Mitra. Un lugar donde reinaban el ocio destructivo y la amoralidad. Mitra prometía «la felicidad y el progreso», pero en vez de felicidad imponía sufrimiento, y en vez del progreso la destrucción, el sometimiento y la tiranía.

Así fue como aquel paraíso se convirtió en un infierno. En realidad, lo que había hecho Mitra era destruir el equilibrio natural entre todas las aves del bosque para sumirnos en un caos que nos llevó a la decadencia. Ese desequilibrio bastó para que diese comienzo la batalla entre las fuerzas de la luz y las

huestes de la oscuridad. Luchamos durante más de seis años para abolir la dictadura del tirano, pero no lo conseguimos.

La nostalgia siempre se apodera de mí cuando pienso que todo habría sido muy distinto si los nuestros no nos hubieran dado la espalda en el momento de la verdad. Las palomas y los gorriones, aves de corazón puro pero cobarde, se dejaron dominar por el miedo y nos negaron su apoyo en la contienda. Todo habría sido distinto con ellos a nuestro lado; no hay en el bosque especie más numerosa que las palomas. «¡Entendedlo, no somos guerreros!», dijeron. Y es cierto que no lo eran, pero también era cierto que eran aves libres que acabaron convertidas en esclavas de Mitra.

El resto os lo podéis imaginar. Fuimos derrotados. Los negros alados nos superaban en numero y, por si eso fuera poco, las nuevas especies surgidas del conflicto luchaban unidas: cuervos, urracas buitres y águilas negras, ¡todos a una! Eran demasiados para nuestras garras, pero, aun así, luchamos con determinación hasta que nuestro clan de Hijos del Viento quedo muy mermado y tuvo que huir hacia las montañas.

En el momento de este relato vivíamos en el exilio, y la gran Colina de Fuego era nuestro pequeño reducto de paz. La llamábamos así porque en lo más alto de esta montaña siempre ardía una llama de esperanza.

Según la ley que establecimos los Hijos del Viento, ningún águila o halcón podía abandonar este territorio o relacionarse con otras especies. Así protegíamos nuestro hogar de las malas influencias. Si alguien decidía saltarse las normas, sería inmediatamente repudiado por nuestra sociedad, tratado como un desertor, un renegado, rebajado al escalafón más bajo de la ley imperial.

Pero no nos vayamos por las ramas y volvamos a nuestra historia.

Zaid aprendía deprisa, quizá demasiado. Pronto destacó entre los halcones de su edad, siendo a veces hasta temerario. Le gustaba retar en el vuelo a aves mayores que él, casi siempre

con éxito. Un día, cuando el gran Adriel explicaba las antiguas técnicas de combate a un grupo de jóvenes, sucedió algo excepcional. Adriel había pedido a los jóvenes que practicasen el ataque frontal con sus garras, por lo que los aspirantes debían agruparse por especies para el ejercicio. Los halcones peregrino con halcones peregrino, las águilas reales con otras águilas reales, las imperiales con su par y así sucesivamente. Pero cuando hubo que emparejar a Zaid...

—¡Zaid! Tú lucharás con tu compañero Hartan —ordenó el maestro Adriel.

—¡Eso no es posible, señor! —replicó Zaid

—¿Cómo? ¿A qué se debe tu negativa, si puede saberse, muchachito insolente? —dijo Adriel, perplejo.

—Usted siempre dice que sólo sobreviven los guerreros más valientes. Los que luchan con las garras pero sobre todo con la mente. Los que respetan la muerte pero durante el combate no piensan en volver a casa. Siempre dice que para ser considerado un gran guerrero hay que marcarse retos igualmente grandes.

Tras unos segundos de silenciosa sorpresa, Adriel respondió:

—Sí, Zaid, así es. Pero, ¿a qué viene eso ahora?

—Quiero ser considerado un gran guerrero y por ello deseo luchar contra un águila y no con un halcón, pues eso no supondría un gran desafío —contestó el orgulloso halcón.

—Cualquier águila de tu edad, sea de la especie que sea, puede hacerte pedazos en unos minutos, hijo. Nuestro pico y garras son el doble que las tuyas, deberás elegir otro momento para hacerte el héroe, jovenzuelo. ¡Lucharás con Hartan!

—¡No, espere! Es cierto que sus garras son más fuertes que las mías pero yo también puedo luchar con la mente.

Adriel, sorprendido por el atrevimiento de Zaid, contestó socarrón, tras lanzar una gran carcajada:

—¿Con tu mente, eh? Eso me gustaría verlo. ¿Y con qué águila desea luchar nuestro valeroso halcón?



—Con usted —respondió impetuoso Zaid.

—¡Me lo temía! ¿Sabes quién soy yo, jovencito?.

—Todos le conocemos, y respetamos su leyenda como el mejor de los guerreros, señor.

—Muchacho, no sé si eres el halcón más necio y tonto que he conocido, o el más intrépido y valeroso —exclamó Adriel aún perplejo—. ¡Pero vamos a descubrirlo ahora mismo!

Zaid miró fijamente a Adriel; parecía que nuestro joven amigo no bromeaba.

—Haremos otra cosa: lucha con Lima, el águila más fuerte de tu edad, y si no te despluma en un minuto, te concederé el honor de luchar conmigo. ¿De acuerdo?.

Zaid asintió con el pico y el duelo dio comienzo.

Dos rápidos zarpazos de Lima dieron con los huesos de Zaid en el suelo. El joven luchador sabía que no tendría la menor oportunidad contra su oponente usando sólo la fuerza bruta, pero recordaba bien las lecciones mentales del maestro Celso: «Cuando vuestro enemigo sea muy superior a vosotros debéis atacar donde no alcance su fuerza». Zaid tenía un plan: sabía que a escasos metros detrás de él había un árbol hueco lo suficientemente estrecho como para poder emboscar en él al impetuoso y arrogante Lima. Zaid intuía que, para obtener la victoria, necesitaba atacar a su adversario en su punto débil: la arrogancia. Podría doblegar a Lima, si conseguía herir su orgullo y conducirlo hasta el angosto madero que aguardaba a su presa.

Sin pensarlo dos veces, un rápido aleteo y las finas pero recias garras de Zaid arañaron el poderoso torso de Lima como si fueran espinas. Una súbita mueca de dolor y la furia del joven águila estalló al verse humillado por un ave de menor calado. Cegado por la ira, Lima se abalanzó sobre Zaid que permaneció inmóvil justo delante de la trampa mortal. Dos, tres, cuatro segundos y Lima estuvo encima de él, con el rostro desencajado y el cerebro abotargado por la ira, presa fácil para la astucia de Zaid, que sólo debía dominar su miedo y apartarse en el mo-

mento adecuado. Si lo conseguía, Lima quedaría atrapado en el interior del tronco.

Un rápido aleteo justo antes de ser duramente embestido por las garras del águila y el juego concluyó. Limpiamente, sin violencia. Atrapado en el interior de la angosta cavidad se encontraba Lima, un ave poderosa a merced de Zaid, que podía hacer lo que desease con su presa. Pero Zaid no atacó, su corazón era noble, tan noble como su adiestramiento: «Nunca se ataca a una presa que ya ha sido derrotada. Se lucha cuerpo a cuerpo, cara a cara. Vencemos, somos derrotados. Nos educan en el noble arte de la lucha, pero no se humilla. Nunca se humilla, ni se maltrata. Esa es la ley imperial, nuestra ley. El código de honor de los Hijos del Viento».

Instantes después, Adriel partía la corteza en dos con un fuerte picotazo, liberando a Lima del tronco.

—Humm. ¡No ha estado mal Zaid, nada mal! ¡Escuchad todos! Este es un claro ejemplo de lo que siempre digo. ¡La fuerza que proviene de vuestras garras es poderosa pero insignificante al lado del poder de vuestra mente! Y, como lo prometido es deuda, ¿cuándo quieres que luchemos, Zaid?

—¡Estoy listo, señor! —respondió temeroso el joven halcón.

LA NOSTALGIA SE APODERA DE MÍ cada vez que pienso en aquel combate entre el joven halcón y el gran Adriel. Es una estampa digna de ser recordada por toda la eternidad. David contra Goliat, el halcón contra el gigante. Una sola ala extendida de Adriel era más grande que el propio Zaid, ¡las dos desplegadas harían huir al más fiero luchador! Pero no a Zaid, a él no. Su corazón era tan bravo que sería capaz de hacer frente a cien alados igual de poderosos. Y lo cierto es que apenas un suspiro después, Zaid ya estaba caído en el suelo, con las garras de Adriel rodeándole el cuello.

—¿Te rindes, guerrero? —dijo Adriel.

—¡No, señor!

Tras varios aleteos, Zaid consiguió zafarse de las garras de Adriel, que a los pocos segundos volvía a tenerlo postrado en el suelo.

—¿Te lo has pensado mejor?

—¡No me rindo, señor!

Adriel apretó las garras con más fuerza sobre el débil cuello de Zaid.

—¿Y ahora, muchachito? —volvió a preguntar.

—Nun... nunca —respondió Zaid, dolorido.

Las garras de Adriel aumentaron la presión.

—Veo que eres terco. ¿Tienes algo que decirme?

Esta vez Zaid sólo pudo hacer un leve movimiento para negar con la cabeza. Las garras de Adriel le obstruían la garganta impidiéndole graznar sonido alguno.

—¡Pero no ves que te he vencido y puedo partirte el cuello cuando lo desee! —exclamó sorprendida la inmensa águila, mientras apartaba suavemente las garras.

Segundos después, Zaid recuperaba el aliento y podía volver a hablar.

—Señor, es cierto que me ha derrotado. Pero, no me ha vencido porque no me he rendido.

—¡Eso es, muchacho! ¡Eso es! Escuchar bien todos. ¿Queréis convertiros en Hijos del Viento? Pues para serlo antes tenéis que saber bien quienes sois. ¡Sois halcones y águilas blancas! Sois aves de blanco linaje, estrategias extremadamente sensibles y perspicaces. Aves que viven lejos del ruido, que huyen del folklore y desprecian la inmoralidad o la corrupción. Rapaces casi antisociales pero de corazón puro y muy evolucionadas mentalmente. Seres que viven por y para defender el más noble ideal; un ideal que nace de valores como el orden moral, la justicia y la rectitud de la palabra o el acto. Valores que a la postre definen un significado mayor y mucho más complejo: EL HONOR. Un estilo de vida propio de nuestra estirpe. Una forma de entender la vida que enuncia otro lema mayor: EL

AMOR. Amor hacia nosotros mismos, hacia la vida y hacia nuestros hermanos. ¡No somos humildes porque en un reino tan mezquino como éste, no debemos serlo! ¡No vivimos sumisos porque no somos esclavos! ¡No suplicamos piedad para poder sobrevivir porque estamos dispuestos a dar la vida en cualquier momento! ¡No vivimos atemorizados por el castigo divino porque no tememos a Dios, lo amamos! Somos altivos y no vivimos con vergüenza porque estamos orgullosos de ser lo que somos, y así lo proclamamos a los cuatro vientos.

»Nos dan igual las críticas e ignoramos las burlas, pues sabemos bien que proceden del desconocimiento. Pero, de ser necesario, sabemos aceptar el sufrimiento y convivir con nuestras imperfecciones. Porque por algo somos el último bastión, la elite, los guerreros más eficientes y evolucionados de nuestro señor Arnak. Los guardianes de este bosque. ¡INDOMABLES, IRREDUCTIBLES, INMORTALES! Si caemos nos levantamos, si morimos resucitamos. La lucha es nuestro estilo de vida. Luchamos por ser mejores cada día. Para defender nuestros ideales. Para elevarnos a las alturas y cambiar nuestro plumaje por otro más bello, porque Siempre es posible mejorar. Nada es imposible. Este es nuestro lema. Combatimos con las garras, los picos, la mente y el corazón. No vivimos en la resignación pues cada día libramos un combate con la muerte. Después de morir, resucitamos y volvemos a luchar. Deseamos la paz, no creemos en la violencia, y sólo la usamos como último recurso. Sólo acudimos al uso de la fuerza cuando la guerra es inevitable y siempre en defensa propia. Y ello para que nunca muera la ilusión, para que no muera la esperanza. Somos guerreros, somos los Hijos del Viento y mantendremos nuestra actitud de combate hasta que en este bosque prevalezca una sola ley: LA LEY DEL AMOR. Y ahora, decidme: ¿qué es lo que sois?»

—¡GUERREROS, SEÑOR! —respondió al unísono el grupo de jóvenes.

—¿Y en qué os vais a convertir?

—¡EN HIJOS DEL VIENTO, SEÑOR!

Tras esta arenga a los muchachos, y satisfecho con su entrega, el maestro Adriel continuó hablando, dirigiéndose a los más jóvenes.

—La lección que habéis aprendido hoy es la más importante de todas cuantas os he enseñado. Nada, nada, puede doblegar el espíritu de un ave que de verdad vive aferrada a sus ideales. Lo que ha pasado hoy aquí representa la máxima aspiración de todo halcón o águila que pretenda convertirse en Hijo del Viento, y tú, Zaid, ya eres uno de nosotros. ¡Enhorabuena, tu formación ha terminado!

Desde este día, Zaid estaría para siempre en el corazón de Adriel, además de formar parte del selecto grupo de guerreros de la Colina de Fuego. Tal y como dictaba la tradición, Zaid esperaría su nombramiento durante cuatro lunas, en soledad. En ese tiempo, el ayuno purgaría su cuerpo preparándolo para la ceremonia de iniciación. La oración al señor Arnak prepararía su espíritu para cuando el consejo de ancianos lo ordenase como Hijo del Viento.

Todo estuvo preparado para cuando asomaron las primeras luces del quinto amanecer. Seis águilas impregnadas en las cenizas del fuego redentor, seis ancianos protectores de la ley, rodearon a Zaid. Pero sólo uno se le acercó.

—Zaid, hijo de Taldor y Yhoalibeth, el Gran Señor ha fijado sus ojos en ti. Hoy es el día de tu nacimiento, a partir de hoy tu vida y tu alma pertenecen a la Colina de Fuego. Seis son los juramentos que debes hacer para ser llamado hijo de Arnak.

Zaid asintió y desplegó las alas ofreciendo su alma, y, uno a uno, cada anciano marcó las alas del halcón con sus garras: tres marcas en forma de I para cada ala. Indomables. Irreductibles. Inmortales. Seis marcas en total, para recordar a Zaid cada uno de sus juramentos. El mayor de los ancianos volvió a hablar.

—Zaid, si deseas ser un Hijo del Viento deberás cumplir los siguientes juramentos sagrados: ¡Protegerás con tu vida

a tu rey Mabtab y las sagradas escrituras de la Colina de Fuego! ¡Lucharás siempre por la libertad y nunca te doblegarás ante la injusticia! ¡Jamás darás muerte ni dañarás a otra ave si no para defender causas justas o en defensa propia! ¡Respetarás y defenderás a los más desvalidos cuando la ocasión lo requiera! ¡Nunca abandonarás la Colina de Fuego ni traicionarás a tu pueblo! Tu palabra es tu identidad así que desde hoy cumplirás con estos juramentos, aunque eso te ocasione la muerte. Jura hacerlo y desde hoy serás un hijo de Arkan.

El joven Zaid estaba inquieto pero respondió con firmeza.

—Venerables ancianos, os doy mi palabra; cumpliré mis juramentos, cumpliré la ley.

ZAID YA ERA UN HIJO DEL VIENTO y sus funciones serían las de adiestrador. Adriel le encargó que fuese el instructor de vuelo de un grupo de crías de águila imperial. Zaid, como todo halcón peregrino, era capaz de realizar acrobacias imposibles durante el vuelo y enseñaba a los más jóvenes a sortear obstáculos a gran velocidad y a realizar caídas verticales en picado con una destreza sin igual. Todo lo cual le hizo ganarse rápidamente una gran reputación como instructor entre alumnos y maestros.

Ciertamente, todo iba mejor que bien para Zaid. A pesar de su corta edad y de sus limitaciones naturales de halcón, progresaba más deprisa que cualquier otro. A su temprana edad, ya había sido ordenado Hijo del Viento, disfrutaba de su oficio de instructor y no le faltaban pretendientes con las que formar una familia propia. Todos en la Colina de Fuego pensaban que podía llegar a ser el sucesor de Adriel. Tenía más de lo que podría desear cualquier águila o halcón de su edad.

Pero el corazón de Zaid estaba intranquilo, anhelaba más. Todo lo conseguido era insuficiente para su inquieta alma. Sentía que le faltaba algo. Cada día sentía la llamada del bosque, como si su espíritu perteneciese por igual a aquellos dos reinos

tan distintos, la Colina de Fuego y el bosque. Cada noche antes de volver al nido, Zaid se posaba durante unos minutos cerca de la gran roca sagrada, hogar del rey Mabtub. Desde allí contemplaba ensimismado el frondoso reino que se extendía a sus pies con la esperanza de poder visitarlo algún día sin ser considerado un desertor.

Y una noche ocurrió algo inesperado. Mientras Zaid contemplaba ensimismado el inmenso bosque de Tirania, un fuerte silbido desgarró el viento a su espalda, señal inequívoca para cualquier rapaz adulta de la llegada de un ave de tamaño superior. Un par de segundos después y Zaid se volvió, enfrentándose al misterioso desconocido en la clásica posición de combate del águila imperial: garras en alto, pico arqueado y alas extendidas con las puntas señalando el cielo, estampa suprema del instinto natural en cualquier guerrero que se precie.

Pero quedó paralizado por la sorpresa ante lo que veían sus profundos ojos azules: un gran águila imperial de bello plumaje blanquecino.

—Zaid, supongo que imaginas quien soy. Soy Mabtub.

Antes de aquella noche, Zaid nunca había visto un ave de esas dimensiones. Supongo que para él, esa rapaz debía irradiar una energía mental desconocida, superior. Sus grandes ojos del color del fuego miraban al muchacho con majestuosidad.

El desconcierto dio paso a un sublime sentimiento de respeto, temor incluso, y se postró ante su rey, sin saber muy bien cómo debía reaccionar, pues hacía años que le carcomía la duda sobre su existencia. Era sabido que rara vez abandonaba su nido y Zaid nunca le había visto en la Colina de Fuego en todos sus años de vida. Incluso había llegado a pensar que había muerto y que sólo era una leyenda mantenida en el tiempo, una invención de Adriel para mantener con vida el último bastión de la fe. Al fin y al cabo, sólo el consejo de ancianos y él contactaban con él rey y cuando deseaba dirigirse al pueblo era Adriel quien actuaba como portavoz de sus sabias palabras. ¡Pero era cierto! Ahora sabía que Mabtub existía; lo tenía delante.

—Hermosa visión, ¿verdad? —preguntó el rey con la mirada perdida en el horizonte.

—Sí, gran rey, lo es —respondió Zaid, aún postrado y nervioso.

Un graznido en forma de carcajada rompió el ceremonial silencio.

—Ah, no. Eso sí que no. ¡Gran rey, gran rey! Álzate ahora mismo. Debes saber que tu temor hacia mí es infundado y que el respeto que requiero nada tiene que ver con la adoración. Eso es más propio de mi hermana Mitra. Y yo no soy ella, Zaid.

El rey hizo una pausa antes de continuar graznando.

—Si de verdad me respetas, nunca más te postres ante mí. Antes que tu rey soy tu amigo, así que trátame como a tal.

Zaid, sorprendido por las palabras de Mabtub, se incorporó despacio.

—Así lo haré de ahora en adelante.

—Un Hijo del Viento sólo ha de inclinarse ante Arnak. Recuérdalo siempre. —Tras una breve pausa, Mabtub continuó hablando—. He oído hablar mucho de ti. Adriel me cuenta tus progresos. Cree que algún día serás su sucesor.

—No sé qué decir, señor —respondió asombrado Zaid—. Es un gran halago. Ya sería un gran honor para mí llegar a parecerme a él.

Mabtub se acercó al halcón y lo miró fijamente.

—Tu corazón es noble y valiente como el suyo, pero nunca serás como Adriel. Tu destino es otro.

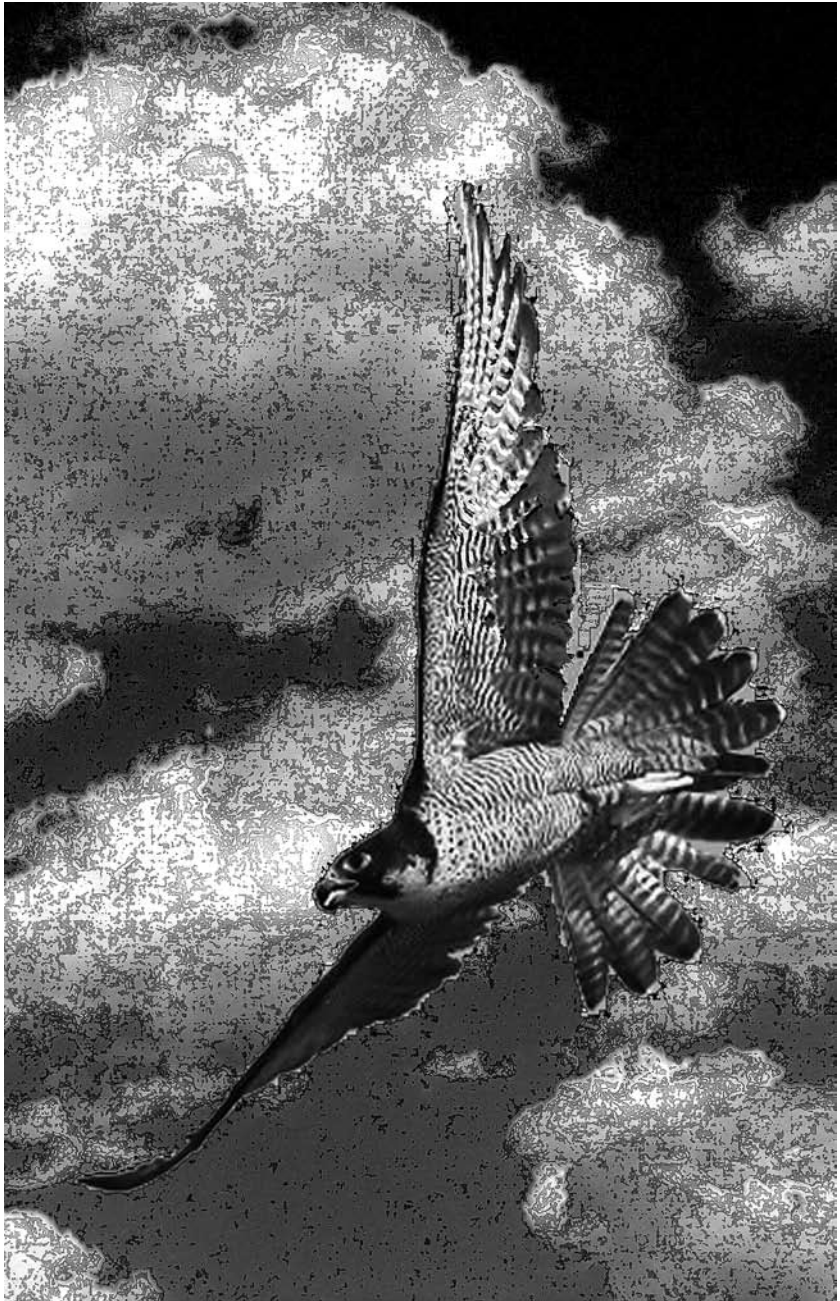
El joven ave, decepcionado, guardó silencio y suspiró.

Mabtub percibió la decepción en el joven halcón y lo rodeó cariñosamente con una de sus alas.

—Olvida esa decepción, muchacho. Cada uno es lo que es y debe aceptarse como tal. Nada es mejor o peor, sólo distinto. ¿Sabes por qué digo que tu destino es diferente al de Adriel?

Zaid negó en silencio.

—Porque el canto de los vientos del este me dice que tu corazón es salvaje, ilimitado. Eres un ave muy especial, y por



eso no durarás mucho entre nosotros. Para poder sentirte completo, necesitas acudir al encuentro de la parte de tu ser que te falta por descubrir. Sólo así podrás saber quién eres y decidir en qué deseas convertirte. Y aquí no podrás encontrar lo que tanto añoras y buscas cada noche.

—Con todos mis respetos, señor, no lo entiendo. Yo sólo deseo ser un gran guerrero y proteger la Colina de Fuego, con la vida de ser necesario. Amo lo que representa este lugar y haría cualquier cosa por protegerlo. Nunca lo abandonare.

Mabtub le miró con ternura.

—¡Ya eres un gran guerrero! Pero el camino que te espera no será el mismo que el de Adriel, o el de cualquier otro Hijo del Viento.

Zaid calló y meditó en silencio.

—No te apenes, Zaid. En tus ojos puedo ver el progreso. Pero la pregunta no es ¿cuándo crecerás?, si no ¿hacia dónde? Y para poder responder a esa pregunta deberás alzar el vuelo y descubrir quien eres realmente.

—Señor, no le entiendo muy bien.

—No hace falta. ¿Sabes una cosa? Yo también observo el bosque cada noche, cuando todos duermen. Si ahora te parece bonito, debiste verlo cuando brillaba en todo su esplendor. Entonces sí que era un lugar verdaderamente hermoso.

—¿Como la Colina de Fuego?

—¡Mucho más! La Colina de Fuego tan sólo es un pequeño destello de lo que un día fue nuestra gran civilización. Todo el bosque era entonces una gran Colina de Fuego. Y no hacían falta guerreros porque todo fluía en armonía y todas las aves del bosque eran hermanas. Supongo que el resto ya te lo habrán contado los maestros más veteranos, ¿no?

—¡Si, señor! Pero todavía podemos cambiar las cosas. Podemos conseguir que el bosque vuelva a ser como antes. Somos más fuertes que ellos. ¡Hay que luchar!

—¡Qué impetuoso eres, Zaid! Puede que seamos más fuertes, pero no podremos hacer nada hasta que despierten los

corazones que viven oprimidos por el miedo. Recuerda esto, mi joven amigo: ¡No subestimes el poder de las águilas negras! En ellas habita una peligrosa fuerza que tú aún desconoces y que algún día encontrarás en tu interior, amigo mío.

Zaid, disconforme con las palabras de Mabtub, guardó silencio de mala gana.

—Parece que refresca —repuso el rey—. Será una noche larga y, a mi edad, debo cuidarme.

Zaid asiente respetuoso.

—¡Ya es hora de que vuelva a mi nido!

—Puedes estar seguro de que volveremos a vernos, Zaid. Y ese día ya conocerás los misterios del lado oscuro, así como tu propio destino. Hasta entonces, vuela alto, amigo, y recuerda que, aunque tu espíritu se pierda en las tinieblas, nunca has de doblegar tu alma de guerrero.

—No lo olvidaré, señor.

—Eso espero, porque, pase lo que pase, para mí siempre serás un Hijo del Viento.

Desde aquel día Zaid sólo viviría con un objetivo: llegar a ser como Adriel y demostrarle su error al rey Mabtub. No sé si lo hacía por su carácter insolente, o porque en el fondo de su corazón sabía que las sabias palabras del viejo rey eran ciertas. Sea como fuere, necesitaba respuestas. ¿Realmente nunca sería como Adriel? ¿Traicionaría uno de sus juramentos para adentrarse en el bosque de Tirania?

Los meses pasaron con rapidez y el crecimiento personal de Zaid era increíble. Dos años después de ser nombrado Hijo del Viento, ya había dejado atrás sus labores como instructor de vuelo para trabajar a las órdenes de Adriel como adiestrador de guerreros. Todos creían que pronto formaría parte de la selecta guardia personal del rey, el máximo honor al que podía aspirar un joven halcón en la Colina de Fuego. Para el ambicioso Zaid sólo parecía existir una meta: ser el mejor de todos.

Hasta que un día, al finalizar la instrucción de los jóvenes aspirantes, el amor llamó a su puerta.

—Zaid, ven, ¡mira quién está aquí! —exclamó Adriel.
Un fuerte calambrazo recorrió a Zaid.

—Te acuerdas de ella, ¿no? Es mi hija Ahiza. Ha terminado sus años de formación ascética como maestra de moralidad para educar a las crías. ¡Por fin la tenemos de vuelta con nosotros!

Ahiza tenía hipnóticos ojos marrones de mirada compasiva y un plumaje blanco como la nieve. Era elegante, respetable, altiva pero compasiva. Toda una hembra. De águila real, claro. De esas que no engañan, que no traicionan. Extinta especie de idealistas que aún es capaz de morir amando. De las que aún son dignas de llamarse señoras. Así era Ahiza, esa cría desgarrada que había sido su compañera de juegos en la más tierna infancia, y que ahora se mostraba ante él como un espejismo surgido de la nada. Un alado milagro de la naturaleza hecho amor, que es lo que siempre había sentido Zaid por ella.

—¡Hola, Zaid! —le saludó Ahiza coqueta—. El tiempo te ha favorecido. Se te ve muy bien.

Zaid, atónito, es incapaz de articular el menor graznido, y se limita a deleitarse en su exótica belleza.

Adriel se ha percatado del impacto que ha tenido su hija en el joven y habla con ironía.

—Bueno, muchachos, seguro que tenéis muchas cosas que contaros. Me voy volando, que aún tengo cosas que hacer. Ah, una cosa más: sed buenos, ¿eh?

Ahiza y Zaid sonrieron, y luego se miraron en silencio durante varios segundos.

—La estaba esperando, señora.

—Lo sé —respondió Ahiza.

Y tras una larga, larga, conversación, dio comienzo el baile, el cortejo, el mágico ritual del amor predestinado, la fusión del recuerdo hacia un solo ser. Una ceremonia sagrada, indisoluble, entre dos cuerpos que se prolongó días, semanas, meses, durante los que Zaid consiguió ocultar sus anhelos y temores, durante los que formó un hogar y ascendió a la cima del

reino. Era un ave rapaz de diez años que había conseguido ser uno de los elegidos, un miembro de la guardia personal del rey Mabtub, admirado y respetado por todos. Pero, sobre todo, había tenido el privilegio de conocer el tesoro del amor verdadero, que resultó ser mucho más de lo que esperaba. Un sentimiento de plenitud dominaba su ser.

Sin embargo, los fantasmas del subconsciente continuaban presentes y Zaid volvía cada noche a lo más alto de la Colina de Fuego para contemplar el bosque de Tirania. Entonces, la nostalgia se apoderaba de él y recordaba las palabras de su rey: «Para poder sentirte completo, necesitas acudir al encuentro de la parte de tu ser que te falta por descubrir. Sólo así podrás saber quién eres y decidir en qué deseas convertirte. Y aquí no podrás encontrar lo que tanto añoras y buscas cada noche».

Esa noche, el cielo estaba encapotado, la luna no hizo acto de presencia, había poco que ver. Resignado, Zaid volvió a su nido, buscando el calor de su dama y olvidar los anhelos del alma.

Zaid, ven a mí. Zaid, ven a mí.

La misteriosa voz atravesaba cada noche el velo de la consciencia para colarse en los sueños de Zaid.

Ven a mí, ven a mí. Te espero.

Era entonces, cuando Zaid contemplaba en sus sueños la silueta de un negro alado del que emanaba una extraña fuerza. Los embaucadores ojos azules de aquel buitro provocaban a Zaid, retándolo como nadie lo había retado nunca, y todas sus creencias, todo lo que amaba, desaparecieron de un plumazo. Zaid se sentía desvalido, sobrepasado por la oscura fuerza de su adversario. Era un ave muy poderosa. A esas alturas de su sueño, el intruso solía evaporarse de su mente, pero aquella noche sucedió algo distinto y su fantasía más recurrente se convirtió en una pesadilla muy real y la misteriosa presencia en vez de evaporarse permaneció allí inmóvil, observándolo...

—¿Quién eres? —preguntó Zaid.

—Mi nombre es Yael, soy la parte de ti que te falta por conocer.

—¿Tú una parte de mí? ¡Eso es imposible! Soy un Hijo del Viento y no percibo que tú también lo seas.

—¿Un Hijo del Viento, dices? No, mi joven aprendiz, tú todavía no eres nada. Crees ser poderoso y sin embargo eres vulnerable. Existe una energía superior a la que posees y que aún desconoces.

—¡No puede ser! Me ha entrenado el mejor de los guerreros y...

—Supongo que te referes a Adriel —le interrumpió el inmenso buitre negro—. Vamos, Zaid, eres un muchacho inteligente. Adriel no es tan poderoso como crees. Yo lo derroté en el pasado y tuvo suerte de salir con vida. Ahora se esconde allí, educando a jóvenes insensatos como tú y escudándose en ideales acabados. ¡Valiente cobarde está hecho Adriel! Yo soy poderoso y puedo hacer de ti un verdadero guerrero; sólo tienes que venir hasta mí.

—¡Asaltas mi intimidad! ¡Insultas a mis amigos! ¡Y faltas a mi honor! Si lo que deseas es luchar conmigo, ¡que sea ahora!

—¿Combatir contigo? No, eso sería un desperdicio. Lo que deseo es que conozcas mi mundo. Hablas de honor, pero ¿qué es el honor? El honor que tú conoces limita tu poder y yo puedo darte más poder del que imaginas Zaid. Vamos, ven a mí.

El graznido desgarrador del joven halcón peregrino rompió la paz de la Colina de Fuego.

—¡NUNCAAA!

Tan afilado graznido rompió el sueño de Ahiza y fue oído por el mismísimo rey Mabtab en su nido. *Ya es la hora*, pensó.

Ahiza, sobresaltada, meció a Zaid en sus alas.

—Tranquilo, no pasa nada. Descansa, mi amor, sólo ha sido una horrible pesadilla.

Lentamente, Zaid recobró el aliento.

—Ahiza, tengo que irme.

—¿Qué? —preguntó incrédula.

—Sabes que te amo, pero tengo que irme. Estar contigo ha hecho que me sintiera vivo, pero hay algo en mí que...

—Que no te deja descansar en paz. Era eso lo que ibas a decirme, ¿no? —repuso el águila real hembra.

Zaid asintió.

—¡Te conozco! Sé que te atormenta algo en tu interior. Crees que encontrarás la paz abandonando la Colina de Fuego y bajando al bosque, pero, ¿y si te equivocas, Zaid? La paz ya la tienes aquí. Has conseguido más de lo que cualquiera podría desear. Formas parte de la guardia personal del rey. Eres respetado, tienes un hogar y me tienes a mí. ¿Qué más quieres? ¿Qué es lo que te pasa?

Zaid, cabizbajo, guardó silencio.

—¿No ves que si bajas al bosque incumples uno de tus juramentos y lo perderás todo? Todo, ¿entiendes?

—Lo sé. Pero, ¿de qué me vale haber conseguido todo eso sigo sin saber quien soy realmente? ¿De qué me sirve si paso cada día atormentado por la idea de bajar al bosque?

—¡Claro que sabes quién eres! Eres un halcón peregrino, un Hijo del Viento. Eso es lo que eres.

—No insistas —respondió Zaid—. Cuando sueño con el gran buitre negro, siento que una parte de mí no pertenece a la Colina de Fuego. Cada noche, cuando observo el bosque, siento que mi casa también está allí abajo. No puedo evitar desear estar allí. Sé que mi alma nunca descansará en paz si me quedo.

—Si eso es lo que deseas, vuela libre, Zaid— responde Ahiza resignada.

—Por favor, despídeme de los demás. Sabes que los amo y a ti también.

—¿Volverás?

—No lo sé —respondió Zaid temeroso.

Y ese fue el momento en el que nuestro amigo Zaid decidió al fin que debía combatir sus temores y descender al bosque. Y esa noche en que decidió desplegar las alas y posar sus garras en Tirania quedó sellado su destino y el de todos nosotros.